como un agente de Napoleón y un hereje; para los capitalinos era él y no los españoles, la especie de anticristo que intentaba entregar el reino a los ateos y masones franceses.

Para neutralizar a los criollos revoltosos bastó con atizar su natural temor de que la chusma de mestizos, indios, negros y mulatos los despojara de sus bienes y sus privilegios.

Los miembros de las numerosas corporaciones literarias de la ciudad escribieron docenas de panfletos en los que llenaban de impropepios a Hidalgo y lo presentaban como agente de Napoleón, los empleados públicos se encargaban de leer esos escritos a los analfabetos que eran la mayoría, quienes para tal objeto eran obligados a congregarse en las esquinas, esto empezó a ser mella y como prueba de que las cosas marchaban bien para las autoridades virreinales, los criollos y españoles y buscando arrebatar a Hidalgo la bandera de libertador de los oprimidos, el 5 de Octubre de 1810, el virrey hizo público un decreto de las cortes en el que se abolían los tributos personales, a las clases bajas se les decía además que Hidalgo solo deseaba emplearlos como carne de cañón y procuraba que fueran exterminados, para así poder decretar la libertad de creencia bonapartista. El lavado de cerebros tuvo un éxito clamoroso, infinidad de indígenas, entre los que destacaban los patétitos tlaxcaltecas reafirmaron su fidelidad al virrey; eomo siempre los tlaxcaltecas daban la nota discordante en este contexto.

Las pequeñas partidas de agitadores que enviaba Hidalgo eran recibidas invariablemente con hostilidad; el cura tuvo que convencerse de que se había equivocado al pensar que los capitalinos, en masa, se levantarían para apoyar su movimiento, una vez que comprobó la veleidad de la masa. Mientras sospechaba Hidalgo la gravedad de la situación, recibió noticias de que se acercaba a Cuajimalpa un poderoso ejército realista procedente de Querétaro.

Algunos historiadores afirman que la retirada obedeció al temor que abrigaba Hidalgo de que la chusma de insurgentes se entregara a una degollina general, pero esto es obviamente falso, porque lo de Guanajuato no fue ni saqueo ni degollina.

Otra corriente de historiadores sostiene que Hidalgo se abstuvo de entrar a la capital por miedo al triunfo que padece el mexicano por su repugnancia a ejercer el poder y su capacidad para conquistarlo. Referidas a un hombre del temple de Hidalgo, estas afirmaciones resultan demasiado ridículas para mercer un comentario.

El 9 de Noviembre Hidalgo llegó de regreso a Valladolid; de hecho andaba fugitivo, había perdido hasta su tropa personal y por toda compañía llevaba un puñado de anónimos partidarios.

La retirada de Cuajimalpa tuvo los efectos previsibles: desmoralizadas las filas insurgentes, se redujeron todavía más por las deserciones en masa. De ahí fueron a Toluca y seguidamente a Iztlahuaca; iban en penosa marcha rumbo a Huichapan, cuando cerca del pueblecillo de Aculco los interceptó el ejército realista que se movilizaba en defensa de la capital; 7,000 hombres magníficamente pertrechados cuya sola presencia hizo que cundiera el pánico entre las filas insurgentes.

Algunos millares entre los que se hallaba Hidalgo, Allende y Aldama consiguieron llegar a Celaya; en esa ciudad hizo crisis lo que hasta entonces había sido una pugna sorda entre Allende y el cura bribón, como el capitán había dado en llamar a Hidalgo el militar culpó al sacerdote del desastre y por su cuenta resolvió marchar a Guanajuato con los restos del ejército, para defender a esa importante ciudad del ataque realista que seguramente no tardaría en producirse. Hidalgo por su parte se había convencido de que las masas sin armas de fuego y sin entrenamiento militar serían derrotadas en un choque frontal con el ejército realista; así, mientras Allende se dirigía a Guanajuato, el caudillo se desprendió de la columna de insurgentes con un puñado de seguidores y tomó el camino de Valladolid. El 17 de Noviembre el ejército realista atacó Guanajuato; Allende derrotado tras nueve luchas, se puso en fuga rumbo a San Luis Potosí, una plaza que estaba en poder de los insurgentes; ahí se le reunió Aldama, Abasolo y algunos otros compañeros. Tanto en Guanajuato como en Aculco, el general victorioso fue Félix María Calleja, un digno enemigo de Hidalgo a quien se ha dado merecidamente el título de segundo de Hernán Cortés. Cruel, astuto e infatigable, Calleja había logrado el milagro de infundir valor y fe en el triunfo, al desmoralizado ejército realista; lo organizó, aumentó sus efectivos a base de criollos, mestizos y castas y finalmente conservó a la Nueva España sometida durante varios años más a la corona española.

Hijo de una familia acomodada de Castilla, Calleja llegó a la Nueva España en 1789 con el grado de capitán, a base de eficiencia ganó ascensos hasta llegar a general y ser nombrado comandante de las fuerzas de San Luis Potosí; en esa ciudad se casó con una rica heredera criolla, y comenzó a acumular latifundios hasta convertirse en cacique de la región. más que por el título de general la gente lo conocía por el amo Don Félix. En contraste con la mayoría de los españoles, Calleja se identificó perfectamente con su tierra adoptiva y sus costumbres, al grado de que llegó a ser un buen bebedor de pulque; de esta manera co-

noció las virtudes y sobre todo los defectos de los nuevohispanos, cosa que le permitió combatir a los insurgentes mejor que nadie. Al recibir noticias del Grito de Dolores, Calleja procedió a formar un pequeño ejército reclutado entre los vecinos de San Luis; mientras Hidalgo sufría el tropiezo del Monte de las Cruces, Calleja unió sus fuerzas a las que guarnecían Querétaro y al frente de todas ellas marchó en auxilio de la capital amenazada. Después de provocar las desbandadas de Aculco y el abandono de Guanajuato por parte de Allende, Calleja comenzó a hacer aprestos para lanzarse sobre la presa mayor: Hidalgo.

En Valladolid el astuto cura se condujo como si la buena fortuna jamás lo hubiera abandonado; tomó las riendas de la ciudad y notó con satisfacción que el pueblo seguía aclamándolo como un héroe. Consecuentemente se hizo de la vista gorda cuando sus partidarios empezaron a cometer desmanes contra la gente acomodada y ni siquiera intervino para evitar que una turba degollara criminalmente a 60 prisioneros españoles, de esta manera, al cabo de unos cuantos días reunió otro ejército de 7,000 hombres. La fortuna parecía seguir favoreciendo al cura, en Valladolid tuvo noticias de los magníficos frutos que comenzaban a rendir algunas medidas que tomó en las semanas anteriores, cuando en su marcha triunfal habilitó nuevos caudillos para que llevaran a la revolución a otras partes; al pasar por Irapuato rumbo a la batalla de Granaditas, había despachado hacia Jalisco a un administrador de hacienda llamado José Antonio Torres; de Guanajuato envió rumbo a Zacatecas a un antiguo escribiente de Calleja llamado Rafael Iriarte y a San Luis Potosí a un lego apellidado Herrera; poco antes de abandonar Valladolid despachó hacia la tierra caliente de Michoacán y a la costa de Acapulco al cura José María Morelos y Pavón. Iriarte tomó Zacatecas el 8 de Noviembre y Herrera se apoderó de San Luis Potosí el 10 de esas fechas; Morelos ponía sitio a Acapulco, Torres capitalizando el pasmo que causó la caída de Granaditas, se apoderó de un pueblecillo Jaliscience tras otro, sin lamentar más que una docena de muertos y otros tantos heridos.

El 11 de Noviembre, la segunda ciudad del virreintato, Guadalajara, se le rindió sin disparar un tiro. Una vez en Guadalajara y para acrecentar sus efectivos comenzó a repartir liberalmente grados de generales, mariscales y coroneles, inclusive inventó extraños grados como el de coronel de coroneles y capitán de capitanes.

El ejército insurgente se había preparado mejor, eso hizo que Hidalgo volviera a sentirse a punto de ganar las riendas del país y cambió sus hábitos y un poco de personalidad insurgente; asistía a un sinnúmero de bailes dados en su honor y a menudo se le veía acompañado de

una hermosa tapatía, el aroma del triunfo comenzó a subírsele a la cabeza, usaba ropas lujosas, andaba siempre rodeado de pajes y guardias de cortes y sus subalternos le daban el tratamiento de alteza serenísma. Mientras tanto, Calleja y sus lugartenientes procuraban reforzar sus posiciones, esparciendo el terror arrasaban pueblos sospechosos de alimentar ideas independentistas y escogían a uno de cada 10 habitantes de tales pueblos para pasarlo a cuchillo, simultáneamente seguían acrecentando su ejérciro, las noticias de los desmanes de Calleja enardecieron a los insurgentes, quienes en atroz venganza degollaron a 350 prisioneros españoles sin que Hidalgo levantara un dedo para impedirlo, esta matanza distanció todavía más a los criollos del movimiento independentista, pero Hidalgo no se preocupó gran cosa, pues ya se había convencido de que jamás contaría con el apoyo masivo de sus congéneres.

Después de andar huyendo por Aguascalientes y Zacatecas al principio de Enero de 1811, Allende y Aldama se presentaron en Guadalajara; como era de esperarse Allende se escandalizó por la actuación del cura, especialmente por las medidas de carácter social ya dictadas y por la degollina de españoles, pero para evitar que se hablara de divisiones de su bando, Hidalgo recibió con fingido beneplácito a su antiguo compañero.

Mientras tanto Calleja y otros realistas se preparaban para atacar Guadalajara, la estrategia a seguir fue motivo de una nueva disputa entre el capitán Allende y el cura de Dolores: Allende insistía en la imposibilidad de enfrentarse al bien armado y disciplinado ejército de Calleja y sugirió abandonar Guadalajara y dividir las filas insurgentes en varios grupos que después acosarían a Calleja con operaciones guerrilleras; Hidalgo impuso su criterio de interceptar la marcha del enemigo en un terreno favorable para los insurgentes y ahí entablar batalla abierta, a regañadientes Allende obedeció y fue puesto al mando de la operación. El 17 de Enero de 1811 tuvo lugar la gran batalla; el ejército insurgente parapetado en lo alto de las colinas y cerros cercanos al puente de Calderón a 45 Kms. del noreste de Guadalajara, combatió durante seis horas contra las fuerzas de Calleja, la batalla terminó con una desbandada general de los patriotas, tras el desastre, miles de fugitivos atravesaron la sierra con el pensamiento fijo en Zacatecas, donde esperaban acogerse a la protección de Iriarte.

En el camino, en la hacienda del Pabellón, Aguascalientes, Allende arrebató a Hidalgo el mando de las menguadas tropas que se habían salvado; en vista de la popularidad del cura, el militar se cuidó de hacer pública la destitución, pero Hidalgo fue obligado a marchar con el ejército en calidad de prisionero y bajo amenaza de muerte en caso de que

intentara fugarse. En Zacatecas, Iriarte y Abasolo se hicieron sospechosos de traición y también quedaron en calidad de prisioneros de Allende, éste se sentía muy inseguro en la ciudad, por lo que ordenó continuar al norte hacia Saltillo y las tierras del noreste, que pocos días antes había ocupado el insurgente Mariano Jiménez; la marcha se realizó a través de Charcas y Matehuala, S. L. P., a principios de Marzo todos se hallaban en Saltillo; para entonces los realistas iban de triunfo en triunfo. Allende decidió huir a Estados Unidos cruzando el desierto de Coahuila y Texas, sólo el abogado Ignacio López Rayón aceptó volver al sur, al frente de 3,000 hombres que tratarían de reavivar una vez más la revolución.

El 16 de marzo Rayón marchó al sur y Allende al norte; el contingente de este último estaba formado por una avanzada de 75 hombres y catorce coches, en los que viajaban los principales jefes y muchas mujeres que llevaban para su disfrute, en la retaguardia iban 1,500 hombres con artillería, equipajes y un gran número de mulas que transportaban barras de plata con valor de medio millón de pesos; la caravana debía pasar por Acatita de Baján, Coahuila, un polvoroso pueblecillo de tres docenas de casas miserables, cuyos habitantes viven hoy día de la explotación de ixtle y de la candelilla.

Unas norias con agua abundante, hacían del pueblo una especie de base; el capitán de milicias Francisco Ignacio Elizondo, un criollo que se había pasado al bando insurgente, tenía instrucciones de esperar ahí a la caravana para rendirle honores y proporcionarle auxilio; los insurgentes ignoraban que en una nueva defección Elizondo había regresado al bando realista. A unos 5 Kms. del caserío del sur, existe una loma que constituye el único lugar prominente en aquel terreno plano y polvoso: Elizondo hizo que se ocultaran tras la loma 50 de sus hombres, hacia el sur formó en filas cerca de 350 soldados y un buen número de indígenas comanches y mezcaleros que daban la impresión de estar esperando a los fugitivos para aclamarlos; en cuanto daban vuelta al recodo de la loma, los fatigados hombres de la vanguardia eran hechos prisioneros; los coches venían muy separados uno del otro, por lo que los de atrás no se dieron cuenta de lo que ocurría; al llegarles su turno, Allende intentó defenderse pero fue fácilmente inmovilizado; minutos después Hidalgo caía en la trampa, seguidamente, los hombres del traidor atacaron por sorpresa a los de la retaguardia, quienes huyeron o fueron hechos prisioneros.

Corría el 21 de Marzo de 1811 y habían transcurrido apenas seis meses y cinco días desde la iniciación de la revuelta. De Baján condujeron a los prisioneros a Monclova y posteriormente a Chihuahua, don-

de se les sometió a juicio, aunque Allende, Aldama y Jiménez declararon hasta lo último ser partidarios leales de Fernando VII, fueron encontrados culpables del delito de rebelión y fusilados y decapitados en distintas fechas, Abasolo conservó la vida a cambio de declarar contra sus compañeros, pero fue deportado a España, Hidalgo aceptó plenamente su responsabilidad, fue el único con hombría suficiente entre todos nuestros héroes para históricamente quedar limpio; con ese sólo hecho Hidalgo se salva para la historia; los fusilaron el 30 de Julio y posteriormente los decapitaron, las cabezas de los cuatro caudillos principales, metidas en jaulas de hierro, fueron colocadas en cada una de las esquinas de la Alhóndiga de Granaditas y ahí permanecieron en terrorífica exhibición por espacio de 10 años.